

# Cuarta Fase

Andrea Mira

**LES**  
editorial

Primera edición en LES Editorial: noviembre de 2018

© de la obra: Andrea Mira, 2018

© de esta edición: Letras Raras Ediciones, S.L.U., 2018

Diseño portada: LES Editorial

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S.L.U.

[www.leseditorial.com](http://www.leseditorial.com)

[info@leseditorial.com](mailto:info@leseditorial.com)

ISBN: 978-84-948645-6-8

Depósito legal: MU 1106-2018

IBIC: FM

Impresión: PodiPrint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Al amor de mi vida y a todas las personas  
que me han acompañado en este viaje.*



## Prólogo

Una gran tormenta se avecinaba. Lejos, al norte, las oscuras nubes presagiaban una travesía de angustia y dolor. Pareciera que los Dioses se hubiesen confabulado y conspirado contra los valientes hombres y las valientes mujeres que, armándose de valor, habían decidido abandonar sus hogares y zarpar rumbo a lo desconocido, siguiendo en parte su instinto y en parte las antiguas y viejas leyendas que aseguraban que muy al oeste se hallaba una tierra llena de riquezas cuyo valor era incalculable, cuya extensión de tierra abarcaba allí donde la vista alcanzaba y, según las malas lenguas, donde habitaban criaturas nunca antes vistas y civilizaciones desconocidas.

Fueron muchos años los que aquellos hombres y mujeres escandinavos emplearon en la fabricación y preparación de armas y barcos que pudieran llevarlos a través del mar hasta aquel lugar del que nada en realidad se sabía. Confiaban, a pesar de que las fuentes no eran fiables, que existía de verdad. No era un simple mito; ellos lo veían como una realidad.

Y zarparon con seis *drakkars* y tres *snekkars* con veinte hombres cada uno, dos barcos dragón con ciento veinte personas a bordo y un *knarr* —donde transportaban víveres, enseres y ganado—, todos ellos necesarios para acometer tal aventura. Los mascarones de proa eran figuras talladas de cabezas de

serpientes y dragones, y, gracias a los últimos avances, aquellos vikingos fueron de los primeros en emplear velas en sus embarcaciones.

Ellos no supieron calcular el tiempo que pasaron en alta-mar. Pudieron pasar muchos meses, algunos juraban que años. Para cuando avistaron tierra, la mitad de ellos habían perecido, algunos por causas naturales, otros por una mala nutrición, heridas mal curadas y, la causa más común: ahogamientos. Muchos hombres y mujeres cayeron al agua en esa primera tormenta que les dificultó el viaje poco después de dejar Escandinavia y, más tarde, los temporales se repitieron durante la travesía, cobrándose la vida de otros tantos.

Leif Eriksson el Afortunado, hijo de Erik el Rojo, fue el primer explorador vikingo en llegar a aquella tierra desconocida a la que llamó *Vinlandia*, la que mucho tiempo después otros exploradores creerían descubrir por primera vez y que llegaría a ser conocida como América. Pero fue su hermano, Thorvald Eriksson, el primer escandinavo en tener contacto con los nativos de aquella zona.

Leif y Thorvald se separaron cuando sus pies tocaron tierra firme, cada uno con su propio séquito de hombres y mujeres, para explorar lo que creyeron que era una isla. Entraron por el norte, más concretamente por la actual Terranova. Leif se quedó allí, aguantando algunos años las inclemencias del tiempo y los continuos ataques de los nativos, hasta que decidió volver al este. Pero Thorvald, intrigado por la belleza del paraje y también por la gente que allí vivía, siguió avanzando hasta adentrarse en la actual Quebec.

Allí, el hijo del célebre vikingo tuvo la oportunidad de conocer a uno de los jefes de las dieciocho tribus innus que por aquella zona habitaban. Y, tras muchos intentos de dialogar y mediar un acuerdo, el jefe permitió que tanto él como todo su pueblo moraran algún tiempo con ellos. Por supuesto, otras tribus no estaban de acuerdo y, de igual modo, hubo conflictos internos y alguna que otra pequeña batalla donde murieron hombres de ambos bandos.

Los vikingos eran demasiado brutos para los innus y, al final, estos acabaron expulsándolos. Thorvald murió a manos del jefe de la tribu después de haber asesinado a sangre fría a la mujer de este. Pocos vikingos quedaron en pie y los que sobrevivieron huyeron, aunque tiempo después acabaron muriendo en el nuevo continente.

Solo una mujer, Ingrid, se quedó en el poblado nativo. Ella estaba enamorada del jefe de la tribu y él la tomó como su esposa. Nueve meses después nació Lynae, una pequeña niña de ojos verdes como piedras preciosas y cabello marrón, que se convertiría a la mayoría de edad en una líder guerrera.

Si Lynae nació una noche despejada, Kaira, hija de un rey vikingo, de ojos azules, piel blanca como la leche y cabello dorado, nació al mismo tiempo, pero al alba, en Escandinavia. El destino, los Dioses, la fortuna quizá fueron los que eligieron y decidieron el futuro de estas dos niñas nada más nacer. A los veinte años de su nacimiento, Lynae y Kaira se conocerían. A pesar de pertenecer a pueblos distintos, serían capaces de encontrar una brecha por la cual unir a sus dos pueblos en uno solo. Y, lo más importante, estas dos jóvenes serían las protagonistas de un amor que, lejos de quedarse reducido a cenizas con el final de sus vidas, sobreviviría a la muerte.



Lynae y Kaira están destinadas a volver a verse; no importa las veces que mueran o se separen, en cada generación sus almas han sido capaces de encontrarse de nuevo. El amor, para ellas, no tiene fin, es eterno<sup>1</sup>.

---

1. Nota de la editora: Al final del libro hay una tabla con las correspondencias entre los nombres de los personajes del presente y del pasado. Su cometido es meramente aclaratorio y recomendamos no consultarlo (posibles *spoilers*) a no ser que sea imprescindible.





# 1

## Rabia

EVOLET

Nunca me han gustado las normas. Jamás de los jamases. Mi odio hacia las leyes siempre ha sido manifiesto. Cuando alguien me decía que no hiciera algo, hacía precisamente eso que me habían prohibido. No me importaba meterme en problemas. Nunca me ha importado quebrantar la ley e ir a mis anchas. En mi casa, aunque trataba de controlarme dentro de unos límites, había veces que sacaba a mis padres de quicio.

Ellos me odiaban. O me odian. No sé en qué estado se encuentran, y la verdad es que tampoco me importa. Remover el pasado ahora mismo me parece una gran estupidez, así que para qué aburriros abriendo viejas heridas que ya prácticamente han sanado. No.

Han pasado 388 días desde que la rabia, como a mí particularmente me gusta llamarlo, se extendió por todo el mundo causando estragos a diestro y siniestro, aniquilando a casi todo ser humano, llevándose el agua corriente, la electricidad, los automóviles, el teléfono, internet, la comida fresca y, ahora viene la mejor parte, las clases, el control y las normas.

Supongo que la mayoría de los supervivientes, considerando como considero que los hay por ahí repartidos, aunque no muchos, si me oyeran, me matarían ellos mismos. Pero, voy a ser sincera, para mí este apocalipsis zombi me ha dado la vida. Me ha hecho libre. Me ha separado de todos aquellos que me oprimían y me hacían daño. Me ha dado la oportunidad de ir a mi bola haciendo lo que me da la gana en un mundo donde nada es como antes.

Por supuesto, no me gusta tener que dormir con un ojo abierto y estar preocupada por mi supervivencia. Antes había cosas que eran mucho más fáciles y que tenía al alcance de la mano con tan solo el esfuerzo de pestañear, pero, por otro lado, gozar de sentir que puedo ser yo misma, sin ataduras, sin nada que me corte las alas o me prive de lo que sea, merece la pena.

Hace 388 días me encontraba en un calabozo. Me habían pillado robando en una gasolinera y, sumando que ya tenía varias denuncias por lo mismo y por otras cosas, me dejaron allí esa noche. Prácticamente eso me salvó la vida. Mientras el mundo comenzaba a agonizar ahí fuera, yo estaba metida entre tres paredes y unas rejas preguntándome cuándo me soltarían. Supuse que mi madre me dejaría salir de allí de inmediato, pero me había encontrado en la misma situación unas tres veces antes de aquella, y esta vez quiso darme una lección dejándome una noche en las dependencias policiales.

Como iba diciendo, el caos se desató. La comisaría se revolucionó. Yo me puse nerviosa. Intuía que algo malo estaba pasando, y las dudas y el miedo me invadieron. Ahora sé que no hubiese sobrevivido si no hubiera estado encerrada. Mi espíritu salvaje y aventurero me habría conducido a la desgracia. Me habrían devorado o convertido.

Unos caminantes entraron en la comisaría. Hubo disparos. Gritos. El hedor del terror inundó el aire. Vi a uno de esos caminantes, con los ojos rojos y desorbitados, arrancarle la carne del cuello a uno de los policías de un solo bocado. Aquello me hizo temblar y pegarme a la pared del fondo de mi pequeña celda. Sabía que estaba mal. Que esa persona no era normal.

La expresión ida de sus ojos, los dientes llenos de sangre y esa fuerza brutal que demostraba tener. No podía ser verdad.

Pero lo era. Y gracias al cielo lo comprendí al momento. No era una persona desquiciada, era un zombi. Era una persona que se había contagiado de un virus que la hacía despojarse de su naturaleza humana. Como la rabia, pero a niveles más grandes. Lo entendí al instante. Sé que ha habido supervivientes que se negaban a ver la realidad, que se inventaban cualquier historia que en sus cerebros cerrados entrara mejor que los hechos. Pero yo no. Cuando lo vi matando a ese policía y después caminando hacia mí, supe lo que ocurría.

Mi madre llegó unas horas más tarde. El idiota del caminante tenía los brazos metidos entre las rejas tratando de alcanzarme. Yo hacía rato que me había aburrido y me paseaba de un lado a otro tratando de molestarle. Mi madre le disparó, dándole en el tórax. El caminante ni se inmutó. Sacudí la cabeza cuando una segunda bala le dio en el hombro.

—A la cabeza. Dale a la cabeza —le dije a mi madre apuntándole con el dedo.

Y pum. Muerto. O doblemente muerto. Mi madre me sacó de allí. Aún llevaba el uniforme de policía con el que me metió la noche anterior en el calabozo —sí, ¡sorpresa! Mi madre era poli— y casi me arrastró hasta el coche.

—¿Qué está pasando? ¿Y papá? ¿Dónde iremos? ¿Te has asegurado de coger armas? Y balas, muchas balas. Latas de conserva. Mamá, si esto...

—Llevo toda la noche tratando de contener a un grupo de infectados, toda la mañana sacando a gente de sus casas para ponerlas a salvo y ahora te estoy sacando a ti de aquí, así que haz el favor de cerrar la boca y no molestarme.

Me odiaba. O me odia. Depende de si está viva o muerta. Pero, repito, eso no me importa. Lo que vino después es la parte aburrida. Nos reunimos con mi padre y los tres juntitos nos echamos a la carretera con alguna que otra arma y algo de provisiones. Decían que había campos de refugiados, pero cuando llegamos al primero no había nadie con vida. El segundo andaba

bien lejos, así que lo descartamos y nos hicimos a la idea de que debíamos encontrar algo mejor.

Pasamos meses recluidos en una mansión a las afueras de la ciudad. Cuando las peleas fueron insoportables y la comida se terminó, volvimos a la carretera. Ahora viene una parte algo más entretenida. Nos encontramos con un grupo de supervivientes. Yo me negué rotundamente cuando nos dijeron de unirnos a ellos, pero, claro, yo no estaba al mando.

No me relacioné con nadie. No hice amigos. Prácticamente no salía de la zona que nos habían asignado. Me limitaba a releer todos los libros que había traído conmigo, a mirar al cielo y a tratar de que mi mascota no se metiera en problemas. Quería llegar hasta este punto para hablar de ella. La gente normalmente tiene de mascota un gato, un perro, un hámster o un pez. Pero yo tengo un mapache. Soy de Canadá y allí estos animales están hasta por las calles. A Shima la rescaté cuando era una cría. Habían atropellado a su madre, y todos sus hermanos habían muerto menos ella. Cuando la encontré tan débil y asustada no me lo pensé ni dos veces, la cogí y la llevé a mi casa.

La conexión que se creó entre ambas fue instantánea. Mi madre casi me mata cuando la encontró escondida en mi armario, pero dejó que me la quedara. Nunca he sido sociable, así que mis amigos escaseaban, y que mostrara interés por algo era casi nuevo, por eso mi madre creyó que aquello sería una buena idea. Y, para mí, así lo fue.

Un mapache es un animal realmente inteligente. Le puedes enseñar prácticamente lo que te dé la gana. Incluso abrir puertas. Y con la cantidad inmensa de tiempo que he dedicado a enseñar a este bichito cosas... bueno, digamos que a veces nos hemos metido en problemas. Y en el campamento la gente veía a Shima como una amenaza, así que tenía que lidiar todos los días con estar allí y encima con esconderla para que no la mataran.

Hasta que un día todo cambió. Un grupo de caminantes apareció durante la madrugada en el campamento. Murió mucha gente. Puede que todo el grupo. Ese día yo había tenido una

fuerte pelea con mis padres. Mi padre incluso me pegó delante de algunos hombres del campamento. Yo estaba cansada y harta. No podía más. Estaba despierta cuando llegaron. Maté a un par de caminantes, cogí mi mochila y metí a Shima dentro de ella. No me olvidé de la Magnum de mi madre ni de la M4A1. Después hice lo que mejor se me da: robar. Robé una Harley negra que tantas veces había querido conducir y simplemente me largué.

No sé qué pasó realmente con el campamento. Supongo que al final los pudieron contener y matar a todos. Puede que luego se organizaran otra vez y mejor que antes y siguieran con sus vidas. No lo sé, ni me importa. Si mis padres sobrevivieron es un misterio, pero estoy lejos de allí ahora mismo. Y no tengo intención alguna de volver.

Desde entonces he pasado meses sola. Al principio estaba aterrada. Me daba miedo ir en moto por el centro de las ciudades donde la condensación de zombis es importante. Y dormir en mitad del campo me daba escalofríos. Pero al final, como con todo, me acabé acostumbrando.

De Alberta a Phoenix. Vivo en una casa residencial, con piscina y todo. Tengo la despensa llena hasta la bandera, utensilios de primeros auxilios para llenar un banco, agua embotellada que me ocupa casi una habitación, un generador de electricidad, velas, gasolina, la moto, una camioneta que le cogí prestada probablemente a alguien que ya nunca la va a necesitar y armas.

—Me pregunto si la población habrá muerto. Imagina que soy la única humana sobre la faz de la Tierra. Es triste que el mundo acabe conmigo.

A menudo hablo en voz alta. O le hablo a Shima. Seguramente ya esté perdiendo la cabeza. Estar sola, sola de verdad, no es bueno para la salud mental.

—¿Qué coño? —Dejo de mirar el reflejo de mis ojos azules en el espejo del baño.

Cierro la boca después de escuchar ese motor. Un motor de coche. Ahí fuera. En mi calle. Y no soy yo. Cojo la Magnum

y salgo fuera. Lo primero que veo es a una muchacha dándole patadas al parachoques de un coche azul. Levanto una ceja y me cruzo de brazos.

—Sabes que así no va a ir mejor, ¿verdad?

Veo la expresión de pánico en su rostro y casi tengo que taparme la boca para no estallar en carcajadas, luego se agacha para esconderse detrás del coche. Me acerco a ella cautelosa. Sé que no es un caminante, pero podría estar infectada, o directamente ser peligrosa.

—¿Es que no vas a saludar? Estás en mi reino.

—¿Quién eres? —me pregunta con la voz temblorosa. Veo el sudor acumulado en su piel y el color blanco que tiene. Busco rápidamente alguna mordedura o herida.

—¿Tienes la rabia? ¿Estás infectada? ¿Te han mordido?

Niega con la cabeza y se levanta.

—No... yo solo... necesito medicamentos. Necesito...

—Droga —susurro y no me responde—. Alcohol. Síndrome de abstinencia —observo. Ella asiente—. Puedo ayudarte. Tengo de todo, y en grandes cantidades.

Parece que por un momento su rostro se ilumina, pero está muy débil. Me acerco lentamente y le paso un brazo por la cintura. La llevo hasta mi casa y luego busco entre todo lo que tengo lo que la joven me pide. Una vez se lo doy y se medica, me tiende la mano.

—Nadia.

—Evolet —le contesto—. ¿De dónde sales?

Se encoge de hombros.

—Yo... todo esto es confuso. Esos... mi familia. No sé...

—¿Estás con más gente?

—Un grupo pequeño. No deben de estar lejos. Salí a buscar medicamentos.

Me mojo los labios. Un maldito grupo de supervivientes. Llevo medio año viviendo sola y yendo de un sitio a otro, y cuando ya me he asentado por completo me entero de que hay más gente. De repente siento un ardiente deseo de saber más cosas, de conocerlos. Pero enseguida me viene a la mente lo que

eso conllevaría y desecho la idea. Estoy mejor siendo una loba solitaria.

—Eh, rubita, antes me has preguntado que si tengo la rabia, ¿es eso lo que tienen?

—Ah, no. Es mucho más que eso, pero es como me gusta llamarlo. La rabia. Es algo que siempre ha dominado al ser humano. La rabia es lo que lleva a la venganza, lo que lleva al asesinato. La rabia es lo que nos consume y nos hace tomar malas decisiones. Y cuando se enciende, no hay forma de apagarla. ¿No es irónico que la rabia sea lo que acabe con la humanidad? Es como si cuando morimos y volvemos a la vida en ese estado, toda la rabia que teníamos dentro sale a la luz y nos convierte en monstruos.

—Es una teoría interesante.

Me río y le ofrezco un chicle. Ella lo acepta y se recuesta en el sofá.

—Deberías descansar. Tienes que coger fuerzas.

No sé por qué confío en la chica, pero no debería.



Cuando amanece, ella ya está despierta y, por lo que puedo observar a simple vista, está mucho mejor. Seguramente ya se haya llenado el organismo de alcohol.

—¿Dónde está tu gente? —le pregunto.

—A unas millas de aquí. Se están quedando en un edificio antiguo de momento, hasta que decidamos a dónde ir.

—¿Cuántos sois?

—Unos cuantos. Los suficientes.

—¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre. —Sonríe y sus ojos marrones miran los míos.

Me doy la vuelta para dirigirme a la cocina. Shima bufa desde algún lugar de la habitación y giro la cabeza para ver qué ocurre. De repente escucho un «lo siento» y algo frío impacta contra el lateral de mi cabeza. Caigo al suelo mientras todo me da vueltas. Qué hija de puta.

Quiero levantarme, correr a por ella y matarla a puñetazos. Pero poco a poco voy perdiendo visión y noto que un líquido espeso y caliente me recorre la nuca. Después, aunque trato en vano de moverme, aunque todo dentro de mí quiere levantarse y cargársela, esa rabia queda apagada cuando finalmente todo se nubla.

Y, un segundo más tarde, todo se vuelve negro.



## 2

### Secuestro voluntario

EVOLET

—¿Está muerta?

—No parece que esté podrida.

—Deberíamos comprobarlo metiéndole un tiro en la cabeza.

—Pero ¿y si está viva?

Oigo un tumulto de voces a mi alrededor cuando mi mente comienza a aclararse. Intento tragar saliva y luego abrir los ojos, pero me cuesta demasiado. Solo soy capaz de distinguir las voces de tres personas diferentes. Una es de una mujer y las otras deben de ser de un chico y de un hombre. Así que después de todo no estaba sola.

—Y si lo está, ¿qué queréis hacer? ¿Nos la llevamos? ¿La dejamos aquí? ¿Se la damos a los caminantes?

Joder. ¿Pero qué clase de personas son? ¿Cuántos seres humanos en nuestras plenas facultades y sin la rabia podemos quedar? ¿Un millón? ¿Miles? ¿Centenas? ¿Decenas? En lugar de pensar en matarme, deberían estar pensando en ayudarme. Podría servirles de ayuda, proporcionarle algo a su comunidad o grupo. Podría ser útil. Pero si los únicos humanos que quedamos

nos dedicamos a ir matándonos entre nosotros, además de tener que estar preocupados día y noche de que esos bastardos del infierno no nos devoren, ¿qué somos? ¿Para qué sobrevivir?

—*Creo que Nadia ha estado aquí.* —Esta vez es la mujer la que habla, y puedo distinguir que está más alejada que antes. Al escuchar ese nombre, hay un clic en mi mente, algo que me dice que tengo que levantarme y salir corriendo detrás de ella. Esa tía moribunda, después de proporcionarle ayuda, va y tiene las pelotas de agredirme. Seguro que me ha robado. Me apuesto lo que sea—. *Mirad, hay tabletas vacías. Ha tenido que estar aquí* —sigue la mujer y todo lo que quiero hacer es asentir y decirle que sea quien sea, espero que la encuentre antes que yo si quiere verla con vida.

—*Si ha estado aquí, puede que ella sepa algo. ¿Crees que le ha hecho esto?* —Hay un momento de silencio. Supongo que la mujer se lo está pensando, incluso puede que haya asentido estando de acuerdo. Es una alcohólica. Ellos la conocen mucho mejor que yo. Quizá ya se haya metido en problemas antes y esto no debe de resultarles extraño—. *Entonces habrá que esperar a que se despierte, puede que nos diga algo valioso.*

Pasan unos minutos más. Cada vez me siento mejor y el dolor de cabeza va remitiendo lentamente. Escucho pasos de un lado a otro, cajones abrirse y cerrarse, sonidos de plásticos y latas. Me están saqueando. Y lo entiendo. Puede que estén hambrientos, que lleven días sin comer, buscando desesperados algo que llevarse a la boca, y entrar en una casa con una chica tirada en el suelo inconsciente y armarios llenos de comida, medicinas y utensilios varios para la supervivencia... sí, es toda una tentación que no puede resistirse.

—*¿Qué coño es eso?*

—*Cade, aléjate ahora mismo, vamos.*

Shima bufa. Dios. Me había olvidado de ella. Seguramente ha permanecido escondida, asustada por la invasión de estos intrusos, pero ahora que están robando creo que ha perdido el miedo. Abro los ojos por fin. Una mujer morena con una pistola entre el pantalón y las bragas trata de proteger a un muchacho

de unos quince años de piel bronceada, y luego veo a un hombre, corpulento, de mediana estatura, de piel oscura y algo mayor.

—No la toquéis —digo débilmente—. Solo está defendiendo lo que es suyo.

Los tres se dan la vuelta. Me miran con expresiones entre pánico y preocupación. Aprieto la mandíbula tratando de incorporarme. No me gusta. Esto no me gusta nada. Estoy peor de lo que pensaba que estaría y eso significa que en caso de tener que defenderme, voy a hacerlo como una mierda.

—¿Quién eres? —me pregunta el hombre. Lleva una maldita escopeta entre las manos.

—Evolet, todo un placer.

Soy capaz de sentarme, pero la cabeza empieza a darme vueltas y el mareo vuelve. Aún sigo sangrando, así que llevo los dedos al nacimiento del líquido espeso.

—¿Qué es eso? —me pregunta el chico, Cade, señalando con la cabeza a Shima, que tiene el lomo erizado y de vez en cuando enseña los dientes.

—Es un mapache; mi mascota.

—¿Has visto a una chica de tez blanca, con el pelo castaño y...? —empieza a preguntarme la mujer morena.

—¿Nadia? —La miro desde el suelo y ella asiente—. Me ha golpeado. Vino, le di los medicamentos que me pidió y esta mañana decidió devolverme el favor dejándome tendida en el suelo.

—Joder —exclama ella—. ¿Sabes adónde ha ido? ¿Dónde puede estar?

Sacudo la cabeza. Ni me dijo nada acerca de sus planes de futuro ni pude ver por dónde se marchó.

—¿Su coche sigue fuera? —pregunto y ella asiente—. Probablemente esté cerca de aquí. Sabe dónde hay un suministro de alcohol y pastillas, además de comida. Supongo que habrá cogido lo necesario y se habrá escondido.

—¿Por qué iba a esconderse? —me pregunta el hombre.

—Porque no me ha matado. Porque si vuelve y me he recuperado, sabe que la estaré esperando. Y no va a jugársela hasta que vea que no hay peligro. Pero ¿para qué seguir corriendo

cuando lo tienes todo al alcance de tu mano? Lo inteligente es esconderse y esperar.

—Nos lo llevamos todo —anuncia la mujer—. Dejamos una nota y nos llevamos todo. Si quiere más tendrá que volver.

Se me cae la mandíbula al suelo. ¿Perdón? Llevo semanas entrando y saliendo de grandes almacenes, supermercados, tiendas y farmacias. Incluso casas particulares. Llevo horas y horas trabajando en mi supervivencia, asegurándome de que no me faltara nada para cuando llegue el invierno, armándome hasta los dientes por si una horda de zombis aparece, recogiendo gasolina en cántaras por si fuese necesario salir corriendo de este barrio, ¿todo eso para que ahora lleguen unos desconocidos y me lo quiten todo en un rato?

—¿Qué?

El hombre me mira directamente a los ojos y un escalofrío me recorre la espalda. Shima vuelve a bufar desde su posición al final de la sala de estar.

—¿Algún problema, niña?

—Todo lo que hay en esta casa es mío.

—Ahora ya no —dice el hombre y la rabia me invade cada célula—. Te dejaré con vida si haces el favor de cerrar el pico y no molestarnos.

Cierro los ojos y respiro profundamente. Las mismas palabras de mi madre, pero en boca de un ladrón desconocido. Otra vez alguien que se cree superior a mí y con el derecho a dirigirme. Otra vez esa sensación de impotencia recorriéndome como un mar enfurecido el cuerpo.

—Denzel, solo es una cría. Tendrá la edad de mi hija, y tiene razón, todo esto es suyo.

—Necesitamos víveres, Maggie. Nos vamos a morir si no nos llevamos lo que hay aquí.

—¿Cuántos sois? —me atrevo a preguntar ignorando el persistente dolor de cabeza y el latido martilleante de la herida.

—Ocho, contando a Nadia.

Siempre me han considerado como la mala. Como la oveja negra de la familia. Como un grano en el culo. Nadie nunca me

ha tomado en cuenta ni ha creído o confiado en mí. He tenido que vivir a la sombra de la Evolet que la gente creía conocer, pero no lo hacían en absoluto. Y puede que haya hecho cosas malas, puede que me haya metido en muchos problemas, puede que no sea una santa. La vida me hizo así, mis padres me hicieron así, toda la gente que me ha hecho daño me ha hecho ser como soy y quien soy. Pero aún queda mi esencia. Lo que verdaderamente me caracteriza sigue ahí, enterrado bajo capas y capas de años de lucha y sufrimiento.

—Os daré la mitad de los medicamentos y tres cuartas partes de la comida. También podéis llevaros agua embotellada, pero el resto es mío. Y no quiero volver a saber de vosotros.

Lo discuten entre ellos. El chico y la mujer parecen estar de acuerdo, pero el hombre no entra en razón. Su opinión es volver a dejarme inconsciente, sacarme de aquí y dejarme tirada en donde sea y llevarse cada cosa que ven sus ojos. Me cae mal.

—¿Qué pasa si vuelve Nadia? —me pregunta la mujer.

Pero no soy capaz de responder puesto que en una fracción de segundo caigo desplomada al suelo otra vez.



Cuando vuelvo a despertar, ya no estoy en mi salón. No veo esas tres caras familiares, ni siquiera sé dónde estoy. Trato de incorporarme, pero el mareo vuelve y decido que es mejor descansar antes de intentar cualquier tontería. Lo bueno es que estoy sobre un colchón y que tengo una bola de pelo al lado de las piernas, así que sé que Shima está bien y conmigo.

—Te dio un buen golpe —me dice la mujer morena entrando en la habitación desconocida en la que me encuentro.

—No hace falta que lo jure —le respondo con una mueca de dolor.

—Te he curado y vendado. Tuve que detener la hemorragia porque no parabas de perder sangre. ¿Cómo te encuentras?

—Como si un camión me hubiese pasado por encima. —Me río.

—Me llamo Maggie —se presenta y me tiende la mano.

La acepto y la estrecho con la mía.

—¿Dónde estamos, Maggie?

—En un edificio. Es donde nos estamos refugiando. Te hemos traído con nosotros.

—¿Me habéis secuestrado?

Ella se encoge de hombros y me da un analgésico con un vaso de agua que me tomo muy agradecida.

—Nos has ofrecido tu ayuda y ahora te estoy devolviendo el favor. Pero puedes irte cuando estés mejor. No es un secuestro forzado. —Me guiña un ojo.

—¿Así de fácil?

—Bueno, cuando encontremos a Nadia, no quiero que os matéis.

—¿Y si no la encontráis?

—Lo haremos —me dice—. Descansa, mañana hablaremos.

—¿No vas a vigilarme? Puedo escaparme.

Maggie se ríe.

—No vas a estar sola.

Levanto una ceja mientras observo cómo deja la habitación. No pasan ni un par de minutos cuando otra persona entra. Cuando la veo, hay algo dentro de mí que se enciende, aunque no comprendo qué es. Es algo más alta que yo, con el pelo castaño, los ojos verdes y una mirada de odio hacia mí que me resulta muy familiar. Me mira de arriba abajo y luego se acerca a mí.

—Tú eres la que ha ayudado a mi hermana a escapar y la que ahora me quita mi habitación.

Me quedo sorprendida por un segundo, pero enseguida lanzo el contrataque.

—Tú eres la hermana de aquella que trató matarme y la que ahora no va a quitarme un ojo de encima.

Resopla y mira la cama. No sé si está buscando un hueco en el que tumbarse o la manera de tirarme del colchón sin hacer mucho esfuerzo. Vuelve a resoplar y se cruza de brazos. Supongo que si esta es su habitación, esta debe de ser su cama. Y yo estoy invadiendo su espacio personal. Genial.

—¿Sabes? Un consejo. Si no quieres problemas de verdad, trata de buscarte la vida y dejarme en paz.

Sale de la habitación y vuelve unos minutos después arrastrando un colchón. Lo tira a un lado de la habitación, lo más alejado posible, y luego viene directa a mí de nuevo. Sin mediar palabra, me quita la manta que me estaba cubriendo y vuelve a su improvisada cama para taparse y darme la espalda. Shima bufa y ella se gira para mirarnos al mapache y a mí y negar con la cabeza.

—Y ¿cómo te llamas? —le pregunto.

—Ni te molestes en preocuparte por mí. No vamos a ser amigas —me responde.

—Yo Evolet Lexter, encantada —digo entre dientes.

Veo que se incorpora y mira a la pared de enfrente con gesto contrariado y luego sacude la cabeza.

—Alison. Alison Woodlark.

Frunzo el ceño mirando hacia la pared, tratando de concentrarme en un punto del gotelé. Mi mente encierra algo, como cuando tratas de acordarte de una cosa que sabes, pero que tienes en la punta de la lengua, incapaz de decirlo en el momento, pero deseando con todas tus fuerzas soltarlo.

La mitad de la noche la paso fatal. El dolor no remite y tengo algo de frío. Shima se tumba al lado de mi espalda tratando de infundirme algo de calor o, por el contrario, de hacerse con el mío. De vez en cuando, mientras doy vueltas y vueltas sobre la cama tratando de encontrar una buena postura para dormir, me fijo en ella, en Alison. Sigue dándome la espalda, pero algo me dice que no está dormida. Al final, cansada y aburrida de enfrentarme al dolor y al frío, me duermo.



Por la mañana, cuando aún es demasiado temprano, me despierto. No tengo frío, de hecho, me encuentro bastante cómoda y calentita. Vuelvo a estar cubierta con una manta. Sonrío al darme cuenta de que anoche, mientras trataba de conciliar el

sueño, Alison seguía despierta, esperando a que yo me durmiera para taparme. La miro. Ahora está de cara a mí, pero duerme. Sus facciones relajadas, un par de mechones cayéndole por su delicado rostro y la boca entreabierta hacen que mi sonrisa se ensanche aún más.

Sacudo la cabeza tratando de espantar la sonrisa. ¿Pero en qué estoy pensando? Se supone que ella es algo cercano al enemigo. La hermana de aquella que me ha agredido, que casi me mata. Y ¡sorpresa!, me odia. Aunque no me hubiese tapado si quiera si así fuera, ¿no? Da igual. En cuanto tenga las fuerzas suficientes me iré. Me iré en la dirección contraria y volveré a empezar de cero. El mundo y yo. Yo y el mundo.

Pero cuando vuelvo a fijarme en ella, esa idea desaparece de mi mente.